

sus Concilios: “Si alguno piensa ó enseña en contradiccion de mi doctrina, que es la verdad, sea anatema.”

Pero Nuestro Señor Jesucristo que ha confiado á la Iglesia el depósito de la verdad, le ha dejado tambien su espíritu de caridad y paciencia. Intolerante en materia de doctrina, ella no transige con el error, pero es misericordiosa para con las personas que le cometen; y nunca ha empleado los medios legítimos de rigor, sino despues de haber intentado todos los recursos de la dulzura y de la persuacion.

Ella no ha herido, jamás, sino en la última extremidad; y nunca ha castigado, sino á los incorregibles. Entonces ha debido hacerlo para preservar del contagio á las almas fieles, para poner fin á los escándalos y para llenar el gran deber de la justicia, el cual no es menos divino que el de la misericordia.

En su paciencia como en su rigor, en su tolerancia hácia las personas como en su intolerancia hácia los errores, la Iglesia imita fielmente á su esposo y á su Dios, á Nuestro Señor Jesucristo, que es la verdad misma, que es la misericordia, pero tambien es la justicia.

Las mentiras de los historiadores anticatólicos sobre las pretendidas bárbaries de la Iglesia en la edad media, cada dia caen en mayor descrédito, gracias á los trabajos concienzudos de una nueva generacion de historiadores, mas imparciales que sus predecesores. “Para poder vivir, el protestantismo tuvo que forjar una historia á su modo,” decia el célebre historiador Thierry, poco sospechoso, como es sabido, de favorecer á la Iglesia.

Aun los mismos protestantes, deponiendo el espíritu de partido, vienen algunas veces á declarar contra aquellas viejas calumnias, contra aquellas culpables exageraciones y contra aquellas insinuaciones pérfidas, de que están llenos los libros de historia. “Hace tres siglos ha dicho el Conde de Maistre, que la historia ha sido una conspiracion permanente contra la verdad.”

VII.

LA INQUISICION, LA SAN BARTOLOME Y LAS DRAGONADAS DE CEVENNES.

Diré algunas palabras mas, para terminar esa cuestion de la intolerancia católica.

Hay ciertos hechos históricos que los protestantes no pierden nunca ocasion de echar en cara á los católicos, para convencerlos de intolerancia. Estos hechos son la *Inquisicion*, la *San Bartolomé* y las *Dragonadas de Cevennes*.

Sobre estos argumentos se han escrito novelas y dramas, pero los fabricantes de folletines no se creen obligados á respetar la verdadera historia. Por eso es que, generalmente hablando, no los consultan á ellos las gentes que tienen sentido comun y buscan la verdad.

I. ¿Pues qué fué la inquisicion, de la cual se hace aun en el dia un espantajo tan terrible? Las novelas populares la representan como un tribunal horrible, establecido en los paises católicos, que daba tormento á las pobres víctimas en calabozos sombríos; y que

acababa por darlas la muerte en las hogueras, perpetuamente encendidas.

El historiador protestante Ranke y el muy protestante Mr. Guizot, reconocen con probidad que la inquisicion española, fué ante todo una institucion política, destinada á velar por la unidad de la España. Los reyes españoles veian en la heregía el mas peligroso enemigo de la paz de su reino, por lo cual la declararon crimen de *lesa nacion*. No pudiendo juzgar por sí mismos, ni por medio de los tribunales ordinarios, las cuestiones de fé, instituyeron un tribunal eclesiástico, encargado de interrogar á los acusados y de juzgar de sus creencias. Los inquisidores de la fé, hacian conocer á la autoridad real, el resultado de sus indagaciones. Luego esta autoridad hacia lo que juzgaba conveniente. Apréciese como se quiera la institucion del tribunal de la *Inquisicion* en España. Dígase, si de esto hay antojo, que las pasiones políticas abusaron de él; pero siempre será necesario convenir en que el clero que tomaba parte en sus procedimientos, ejercitaba natural y legítimamente la autoridad religiosa. ¿No corresponde á la Iglesia el exámen de las cuestiones de fé por derecho divino? Y ¿qué hombre de buena fé confundirá esta atribucion con el oficio de ver- dugo?

Se vé, por otra parte, que los Papas siempre procuraron mitigar el rigor de la Inquisicion española, aunque no dependia de ellos, pues, como hemos visto, ella era una institucion política de la España.

II. “Bien está, dirá alguno, pero la San

Bartolomé, aquella matanza espantosa ordenada por la Iglesia católica, en la cual perecieron tantos protestantes, ¿cómo se explica?”

Aquel suceso, aun mas que la Inquisicion española, es un hecho político. Los protestantes se levantaban contra la autoridad legítima, habian intentado apoderarse del Rey de Francia y formaban en la nacion una nacion aparte, turbulenta y revolucionaria. El jóven monarca Carlos IX y su madre la orgullosa Catalina de Médicis, estaban amenazados en su libertad y en su vida, por la conjuracion de Amboise, viéndose obligados á huir por la conjuracion de Meaux. Los gefes del partido protestante se hacian mas y mas insolentes. Excitados por aquellas violencias, la Reina quiso desembarazarse de los rebeldes, haciendo servir á su venganza, la exaltacion religiosa que causaron en Francia los furores de los Hugonotes. La religion fué pues el *pretexto*, pero no la verdadera causa de la matanza llamada la San Bartolomé. Todas las personas instruidas lo saben actualmente. ¿Por qué los escritores protestantes no tienen la buena fé de confesarlo?

Pero se añade: “El Papa hizo cantar en Roma el *Te-Deum* con motivo de aquella odiosa matanza.” Es cierto: mas lo es igualmente que aquel Papa, Gregorio XIII, fué engañado sobre el hecho con falsos informes. Habiendo recibido un despacho de la corte de Francia, en que se le decia, como el Rey y su familia acababan de librarse de una nueva conjuracion de los hereges hugonotes, habiendo sido castigados los autores de ella y sus

cómplices, el Papa fué á dar gracias á Dios por el suceso. Entonces ignoraba Su Santidad los deplorables excesos de aquella triste noche, excesos que tambien han sido extrañamente exagerados por la pasion y el espíritu de partido, una vez que en toda la Francia, apesar del deseo de aumentar el guarismo, no pudo encontrar mas que 786 el *martirologio protestante* impreso en aquella época. Dígase ahora si es razonable imputar á la Iglesia católica la muerte de los insurrectos contra su soberano, porque los degollaron como calvinistas. De consiguiente toda la odiosidad de la San Bartolomé, pesa únicamente sobre Carlos IX y su madre, por el carácter maquiavélico de su política.

Sobre este asunto, sin que yo pretenda escusar de ninguna manera lo que sea inescusable, permítaseme hacer una observacion importante. Las instituciones y los hombres, llevan siempre impreso el carácter de su tiempo. En aquellos últimos siglos las costumbres públicas eran ásperas; y todo se resentia de aquella aspereza, los hombres y las cosas, el bien y el mal. Además, el sentimiento religioso dominaba todos los otros. La violencia de la agresion protestante fué, pues, á estrellarse contra una vivacidad de fé de que nosotros no tenemos ya ni aun idea; y á eso se debe atribuir, en gran parte, el carácter extremo de muchos hechos históricos de aquella época. (1)

(1) Los pretendidos filántropos, que tanto echan en cara al Catolicismo, aunque sin razon, como lo demuestra el autor, los procedimientos

III, Aunque esa aspereza de costumbres principiaba á suavizarse en Francia, cuando reinaba Luis XIV; sin embargo, ella produjo todavía sensibles efectos, cuando fué revocado el edicto de Nantes. No es mi ánimo juzgar aquí á aquel gran monarca. Me basta reconocer que en las crueldades cometidas contra los hugonotes, en ciertos puntos del país llamado Cevennes, los agentes y Dragones de Luis XIV, traspasaron mucho las órdenes del Rey, por manera que ellos son los verdaderos culpables. Irritado de ver á los protestantes romper la unidad nacional, conspirar sordamente con las Potencias extranjeras y mante-

de la Inquisicion española y la matanza llamada de San Bartolomé, harian bien en decirnos, como escusan ellos el abundante y cruel derramamiento de sangre, las devastaciones y los males de toda clase, que producen los principios llamados *liberales*, que ellos mismos se jactan de profesar, y en cuyo nombre acusan de intolerancia á la Iglesia católica. Si fuéramos á sumar el número de víctimas que á nombre de la libertad se han sacrificado, desde la primera revolucion francesa hasta la actual revolucion italiana, en el antiguo y en el nuevo mundo, probablemente resultarian por una víctima de la supuesta *intolerancia* católica, diez, veinte y quizás cien de la pretendida *libertad*. Fuera, pues, mejor que los apóstoles del progreso, dejando de buscar la paja en el ojo ajeno, vieran de quitarse la viga que les atraviesa el propio. (Traductor.)

ner continuas relaciones con la Inglaterra, enemiga nata de la Francia, Luis XIV quiso purgar á su país de aquella levadura de discordia. El defendía así los derechos de su corona como los de la religion, para lo cual creyó deber emplear la fuerza. Pero todos saben que el clero de Francia, y especialmente Bossuet y Fenelon, aunque simpatizaban con el pensamiento del Rey, se mostraron opuestos á las violencias y á las crueldades. En vista de estas sencillas observaciones, ¿qué son las acusaciones de los enemigos de la fé, y como pueden servir las *dragonadas* de Cevennes para argüir contra la Iglesia católica?

¡He aquí tres hechos, tres crímenes políticos, si así se quiere llamarlos, de que los protestantes hacen responsable á la Iglesia, desde hace trescientos años! ¡Cuánta razon tenia el bienaventurado San Francisco de Sales, en vista de las calumnias con que desde su tiempo atacaban á la Iglesia católica, para compararla á la casta Susana, acusada falsamente por aquellos que se vendian como jueces incorruptibles en Israel! Esta santa muger, arrastrada á la vergüenza, se confortaba con su inocencia y decia: “Dios eterno que conoceis todas las cosas, Vos sabeis que dan contra mí un falso testimonio, y que yo no he hecho nada de lo que ellos maliciosamente han inventado contra mí.” Entonces Dios infundió su espíritu de verdad en el corazon del jóven Daniel, el cual exclamó en medio de su pueblo: “¿Sois insensatos, que así habeis condenado, *sin juzgar y sin conocer la verdad*, á una hija de Israel?”

Y el pueblo hizo entonces justicia á la inocencia y á la pureza de la casta Susana.

VIII:

LOS MÁRTIRES PROTESTANTES.

¿Tiene mártires el protestantismo? El así lo cree, pero se engaña.

Un *mártir* es un hombre que dá su vida por permanecer fiel á la fé de Jesucristo. El muere no por opiniones personales, sino por la doctrina de la Iglesia de Dios. El no es *terco* sino *fiel*. De consiguiente, todo cristiano que es muerto en odio de la fé, es un mártir.

Los pocos protestantes que han sido muertos con motivo de sus opiniones religiosas, ¿habrán sido mártires? No, pues que ellos han sacrificado su vida por ideas personales, por convicciones puramente humanas, prefiriendo su juicio propio á la misma vida; de manera que su muerte ha sido el acto supremo del orgullo, mientras que el martirio es el acto supremo de la humilde sumision y de la abnegacion de sí mismo. No basta morir para ser mártir. Es necesario, para merecer esta palma, morir por la verdad, cuyo honor exige á veces el sacrificio de la propia sangre.

El carácter de los pretendidos mártires de las sectas protestantes, es ante todo el fanatismo, la exaltacion, el furor, lo cual es propio del orgullo. Los verdaderos mártires al contrario, aquellos que la Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo, le dá por hijos, esos desde San Estéban hasta los misioneros que hoy dán

testimonio con su sangre á la fé, en el extremo Oriente, han muerto todos en la paz de Dios, dulces y humildes, como víctimas inocentes, perdonando con amor á sus verdugos, dignos de Jesucristo en la vida y en la muerte.

La Iglesia católica, es la única que engendra mártires, como ella sola engendra santos.

IX.

UN EJEMPLO DE LA MODERACION PROTESTANTE.

Con una táctica, que prueba mas habilidad que buena fé, algunos ministros protestantes se quejan sin cesar en sus periódicos y en otros papeles officiosos y oficiales, de la violencia de los escritores católicos; al paso que, formando contraste, no se cansan de alabar la dulzura y la moderacion de su propia actitud, respecto de la Iglesia.

Tres cosas hay que responder á la acusacion y á la pretension citadas.

I. Lo que los protestantes llaman violencia de los escritores católicos, no es mas que el celo ardiente por la verdad, celo que devoraba á Nuestro Señor Jesucristo, cuando arrojó del templo á los profanadores, y cuando pronunciaba contra los fariseos y los escribas sus fulminantes anatemas.

II. Los católicos no atacan al protestantismo por el placer de atacarle, sino para defenderse de los ataques de los protestantes. El protestantismo es una insurreccion, esencial-

Manda que se ataquen sin cesar; ofrece medios muy sencillos y poderosos para hacernos no solamente buenos, sino aun perfectos, en cuanto es posible á la humanidad. Mirad á los santos; ved á San Francisco de Sales, á San Francisco Javier, á San Vicente de Paul; éstos eran *verdaderos cristianos*, y nada mas!

Por tanto, las almas rectas y animosas que usan de estos medios se corrigen prontamente, principian por hacerse mejores, despues buenos, y por fin excelentes.

Lo cierto es, que la mayor parte de los que claman contra los devotos son diez veces peores que ellos en menos tiempo; ven la paja en el ojo de su vecino y no ven la viga en los suyos.

La religion no puede menos que hacer á uno mejor. El que tiene defectos, siendo cristiano, tendria estos mismos defectos, y mayores aun, si no lo fuese.

Y, ademas, tendria el mayor, el defecto mas capital que vos teneis, vos que os jactais de ser religioso: á saber, no rendir á Dios el culto y adoracion, las súplicas y obediencia que demanda á todos los hombres.

Dice el incrédulo:

¿Cómo puede estar el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo realmente presente en la Eucaristía? esto es imposible.

Respuesta.—Una sola respuesta os daré pero satisfactoria.

ELLO ES ASÍ; luego es posible.

ELLO ES ASÍ; luego debéis creerlo aunque no comprendáis como esto puede ser.

Yo digo que *ello es así*, que Jesucristo está verdadera y sustancialmente presente en la Santa Eucaristía y que despues de la consagracion de la misa, ya no hay pan sobre el altar, ni en las manos del sacerdote, sino el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo vivo, bajo las simples *apariencias* de pan y de vino.

Para convenceros de ello no os señalaré todos los siglos cristianos, desde los apóstoles hasta nuestros dias, creyendo, adorando, proclamando abiertamente la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía; y esta prueba seria mejor que la de ver á los genios mas eminentes, á los doctores mas sabios y profundos, adorar con la fé mas completa el Sagrado misterio del altar. . . .

Pero como esto nos llevaria á otros pormenores, únicamente consideraré el punto como un negocio de buena fé, para que sin apartarme de ella os cite con el texto en la mano y

casi sin comentarios las palabras mismas de Jesucristo en las que declara que la Eucaristía es él mismo, su propio cuerpo, su propia carne y su propia Sangre.

Dos veces habla de la Eucaristía en su Evangelio; la primera para prometerla (cerca de un año antes de su pasion), y la segunda (la víspera de su pasion), para instituir la y dar cumplimiento de esta manera á su promesa.

1.º La primera palabra de Jesucristo se encuentra en S. Juan al capítulo VI; héla aquí para que de buena fé la considereis.—“En verdad, en verdad os digo, que aquel que **CREE en mí, tiene vida eterna.**” Antes que todo, exige la fé en su palabra, porque lo que va á decir es el misterio mas profundo de la fé.

“Yo soy el pan de la vida.

“Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré (1) **ES MI CARNE POR LA VIDA DEL MUNDO.**”

Los judíos á quienes hablaba se decian entonces lo que decís ahora: ¿Cómo nos puede dar éste su carne á comer? ¿Cómo podrá ser esto? Y no querian creerlo.

(1) Fijad vuestra atencion en esta palabra: Jesucristo *promete* este pan misterioso; no lo dá todavía, lo dará mas tarde: “el pan *que yo daré.*”

No es como dicen los protestantes un modo figurado de hablar de la doctrina que predicaba porque esta doctrina la daba, y no se puede *prometer* lo que ya se ha dado y lo que se da.

He aquí como Nuestro Señor Jesucristo les afirma de nuevo su presencia real en el Pan eucarístico que les promete.

“EN VERDAD, EN VERDAD OS DIGO: QUE SI NO “COMIEREIS LA CARNE DEL HIJO DEL HOMBRE, Y “SI NO BEBIEREIS SU SANGRE, no tendreis vida “en vosotros.

“*El que come MI CARNE y bebe MI SANGRE, “tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el úl- “timo dia. Porque MI CARNE VERDADERAMEN- “TE ES COMIDA, Y MI SANGRE VERDADERAMENTE “ES BEBIDA.*

“*El que COME MI CUERPO Y BEBE MI SANGRE “en mi mora y yo en él. Quien come este pan “vivirá eternamente.”*

¿Qué replicais á esto? ¿No creis en la palabra de Jesucristo, afirmando que la Eucaristía es su cuerpo y su sangre con una claridad en las expresiones tan desconsoladora para el protestante que en vano suda y se afana poniendo hace tres siglos su espíritu en tortura para sustraerse á la evidencia?

2.º Si las primeras palabras de Jesucristo son tan claras como la verdad misma, las segundas que son las mismas palabras de la institucion de la Eucaristía no lo son menos.

Nuestro Señor Jesucristo la víspera de su pasion, despues de la Cena, toma el pan en sus manos divinas y venerables, lo bendice y lo da á sus discípulos diciendo: “*Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO.*”

—¿Puede haber mas claridad?—ÉSTE,—lo que tengo y os doy; ES,—¿qué?—MI CUERPO.

Despues dió á sus apóstoles, que fueron sus primeros Sacerdotes, la órden y la facultad de

hacer lo que él mismo acababa de hacer añadiendo estas palabras: “*Y todas las veces que hiciéreis estas cosas hacedlas en memoria de mí.*”

¡Hombres de buena fé! Oid y juzgad: ¡ESTE ES MI CUERPO!!!....

Por mi parte confieso que estas palabras me bastan y que no solo son para mí la prueba mas luminosa de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, sino la prueba mas irrefragable de su divinidad. ¡Nunca jamas ha habido hombre que haya dicho ni podido decir una cosa semejante!.... Dos observaciones muy sencillas os facilitarán á mas de esto la creencia en el misterio de la Eucaristía:

1.º El cuerpo de Jesucristo está en la Eucaristía *en un estado glorioso, sobrenatural, completamente distinto del estado del cuerpo humano tal como lo vemos en esta vida.*

Lo que pareciera imposible en el estado mortal, terrenal y pasible, aparecerá posible en el estado inmortal, celestial é impasible.—No se puede discurrir en ambos casos de un mismo modo. El fierro, el cobre, no pueden tomar la forma de un molde cuando están en el estado ordinario. Sométaseles á la accion del fuego, pongáseles en fusion en el estado líquido, y facilmente tomarán aquella forma. *La variacion de estado* hace posible lo que no lo era al principio.—Lo mismo podemos decir del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en el sacramento del altar.

Aun cuando os demostrasen que es absolutamente imposible que en el estado en que lo conocimos, esté presente en el Santísimo Sa-

ramento, esto no probaria en nada la imposibilidad de su presencia en un estado nuevo que se escapa á nuestro análisis.

2.º La naturaleza nos ofrece numerosos ejemplos de ese cambio, que os parece imposible, de una sustancia en otra.

El mas admirable de todos es el del alimento del cuerpo. El pan que tomo para alimentarme se cambia por la obra misteriosa de la digestion en mi cuerpo, en mi propia carne y en mi propia sangre. La sustancia del pan se ha *convertido* en la de mi cuerpo.

Y aquello que Dios obra todos los dias en nosotros, ¿por qué no ha de poder obrarlo sobrenaturalmente en el misterio de la Eucaristía?

Ved, pues, como no es IMPOSIBLE que por la omnipotencia divina, el pan y el vino se conviertan, sobre nuestros altares, en la sustancia del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo; y que la Iglesia al enseñar la presencia real en el Santísimo Sacramento, no enseña, como pretenden los ignorantes ó los necios, un absurdo, una cosa imposible y contraria á la razon.

Mas, ¿cómo se verifica ese prodigio admirable? *Eso sí no lo sé*, y los doctores mas grandes saben tanto como los demas. He aquí el misterio de la fé, el secreto de Dios. Lo que sabemos es que es, que ese misterio se verifica, y esto nos basta.

Por esta adorable presencia, Jesucristo, el rey de las almas, la vida de los cristianos, la cabeza de la Iglesia, el refugio de los pecadores, el Salvador amable y bondadoso, el conso-

lador de todas las dolencias, está siempre en medio de sus hijos.... Dios y hombre á un tiempo es el lazo vivo que nos une á su Padre y á nuestro Padre. El lo adora con toda perfeccion y suple la imperfeccion de nuestros homenages, y pide misericordia por los pecados continuos del mundo.

Está presente en medio de todas las generaciones humanas que ama y salvó igualmente, para recibir de cada una de ellas, hasta la consumacion del mundo, los homenages de su fé, de su adoracion, de su culto y de sus ruegos.

Si el Santísimo Sacramento es el misterio de la fé, con mucha mas razon es tambien, *¡el misterio del amor!*....

Creemos, amemos y adoremos.

XLII.

Dice el incrédulo:

Para qué he de ir á misa: muy bien adoro á Dios en mi casa.

Respuesta.—¿Y lo adorais como se debe en *vuestra casa*?

Dispensadme si me engaño; pues creo que en casa no lo adorais mejor que en la Iglesia.

Por otra parte, la cuestion no consiste en saber si adorais mejor á Dios en casa que en misa, sino en saber si Dios *quiere* que el domingo y fiestas de guardar lo adoreis en Misa y no en casa. Y Dios así lo quiere.

Recordad que ya otras veces hemos platicado sobre esto y convenido que las leyes religiosas de los Pastores de la Iglesia católica,